

Biblioteca Films

FIDELIDAD



NÚM.
515

C. Chic Sale - El perro "Buster"

25
CTS.



BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO:
RAMÓN SALA VERDAGUER

EDITORIAL
"ALAS"

REDACCION ADMINISTRACION Y TALLERES,
Calle de Valencia, 234 - Apartado Correos 707 - Barcelona

AGENTE DE VENTAS
Sdad. Gral. Española de Librería - Barbrá, 14 y 16 - Barcelona

AÑO IX

APARECE LOS MARTES

NÚM. 515

FIDELIDAD

Adaptación de la novela de **ZION MYERS**
y de la película del mismo título interpretada
por el maravilloso perro

(LUCKY DOG
1933)

"BUSTER"

Narración literaria de F. GIMÉNEZ

.....
EXCLUSIVAS UNIVERSAL

Hispano American Films, S. A.

NORMAN J. CINNAMOND

Director Gerente:

Valencia, 233

Barcelona
.....

INTÉRPRETES:

(Wilson) Chic Sale, y el maravilloso perro «BUSTER»

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

Cierto propietario, cuya vida era la del hombre al que la fortuna parece, sino sonreír, al menos tampoco darle la espalda, vivía tranquilo y feliz en medio de su hacienda, casado y aparentemente lleno de optimismo que causaba envidia.

Mister Wilson era relativamente joven, gustaba del deporte y de los viajes y cuando había satisfecho los caprichos de su joven y bella esposa, sin parar mientes en cuáles fuesen, respiraba tranquilo, y con aquella sonrisa y complacencia que sienten los justos cuya conciencia nada tiene que reprocharles.

Siendo aun mozo salió de su bella mansión, del barrio aristocrático de Chicago, dispuesto a hacer un viaje al extranjero. En el "pullman" que utilizó para dirigirse a Méjico y de allí a Europa, cayó en sus manos una

narración lujosamente encuadernada sobre la historia de un perro cuyas aventuras cautivaron de tal manera la atención de Wilson, que siendo aun soltero y pensando en muchas de sus horas de joven solitario y sin verdaderos efectos, le decidieron a hacerse de un fiel amigo como Buster, cuyo nombre era el del perro de la narración.

Wilson regresó a Chicago tras semanas de completo silencio, el cual no supieron explicarse sus amigos. Aquel viaje había sido una sorpresa que les había preparado a todos. En el rancho de su tía, a 120 millas de la capital, había conocido a una joven de singulares atractivos, si bien de origen humilde. Durante la estancia de Wilson en el campo, tuvo lugar uno de los más bellos idilios que pechos jóvenes puedan sentir. La boda se concertó por ambos secretamente y el viaje antedicho no fué sino el de la luna de miel de Wilson, al que sus amigos perdonaron la "mala partida" en gracia a que al regresar y presentar a su bellísima esposa, se celebraron sus nupcias con muestras de verdadero derroche. Fué un gesto de Wilson que tenía sus cosas.

Instalados en su lojosa quinta Wilson y su esposa, éste sintió nostalgia por aquel Buster de la narración de su viaje.

—¿Te acuerdas? — dijo Wilson a su enamorada mujercita—. Cuando fuí a Tejas a encontrarte para que nos echaran la bendi-

ción con los tuyos, aquella narración de Buster comenzaba:

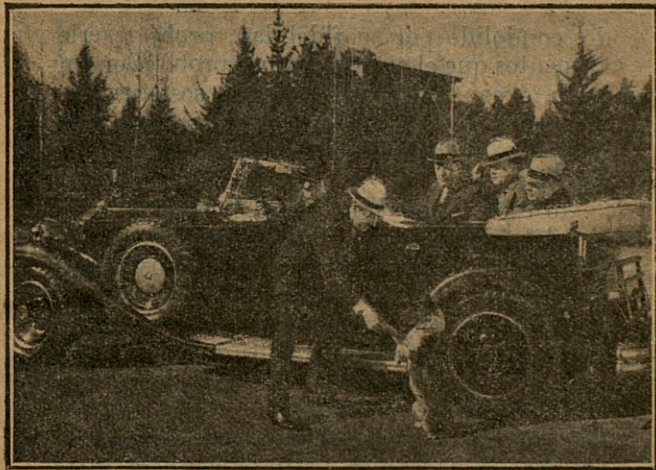
"Un perro no pide nada... sólo un rincón donde dormir y un hueso que roer.

Y ya seamos ricos o pobres, justos o pecadores, *nuestro* perro no cesará de amarnos, ni protegernos jamás, siempre pronto a mitigar nuestros dolores... con un meneo de la cola. A veces nos hacen *perradas*, pero no es nunca un perro traidor, y antepone a todos los intereses de su vida la persona de su amo".

—Wilson, termina por satisfacer tu capricho de hacerte de un Buster, si tienes esa suerte; además, sería conveniente que un perro nos guardase el jardín de entrada—dijo la atenta esposa.

Un día el mayordomo de Wilson se permitió recomendar a la esposa de éste un perro, que aunque no era de pura raza, parecía dotado de especiales instintos y de una fidelidad extraordinaria. Sus propietarios eran vecinos de una hija del mismo, quienes, precisando emigrar al Canadá, se veían obligados a deshacerse del fiel animal.

—Dos años tiene; ha pertenecido a un guardabosques que lo retuvo de un cazador furtivo al que mató durante la veda. Aquel cazador vivía de la caza furtiva y era perseguido y conocido por sus vicios y pésima existencia. Con frecuencia salía de su casa completamente beodo—decía el mayordomo



Buster, se ganó las simpatías de los de la casa,

al que escuchaba también Wilson que acababa de entrar besando a su esposa—. Cuando viéndose encañonado el guardabosque se vió en la precisión de matar al pésimo sujeto, el perro permaneció aullando al lado del cuerpo de su amo del que sólo a duras penas se logró separarle. El guardabosques encontró aquel perro días después en el lugar de la tragedia del que no lograba se moviese. El animal era de aspecto ordinario y sin señales de pertenecer a raza pura ninguna. El emplea-

do, conolido por su fidelidad, probó traerle alimentos que el animal apenas probó. Por fin lo llevó consigo y no pudiendo sostener dos bichos—ya que el suyo de servicio había de retenerlo —, lo dió a sus convecinos en casa de mi hija.

No esperó más Wilson. Apenas terminado el relato de su mayordomo le ordenó se fuera a buscar el perro, ofreciendo incluso cualquier suma si se la exigían.

Así llegó Boli, el perro ceniciento de breve pero trágica historia, a manos de Wilson.

Dentro del jardín, y a la entrada misma de la quinta, el nuevo Buster, como así bautizó Wilson a Boli, recibió una admirable perrera, en forma de casita holandesa lujosísima, una preciosa cadena niquelada, una manta de soberbio lujo, un collar brillantísimo, un babero y un comedero con el nombre de su bautizo, todo del más exquisito gusto.

Buster se ganó las simpatías de los de la casa. El mayordomo, la cocinera, la esposa de Wilson y en especial éste, todo lo creían poco para Buster, que convencido de la importancia que había adquirido y haciendo, al parecer, olvido de su pasado, pagaba aquellos tratos con brincos y cabrioletas enormes cada vez que alguien le dirigía la mirada de los habitantes de su mansión.

Entre los mimos de Buster, Wilson le ha-

bía comprado una pelota de goma que Buster tenía siempre en su casita y que presentaba indistintamente aullando de alegría cada vez que su amo regresaba a su casa.

Con interés especial Buster observaba lo que ocurría a su alrededor, mostrándose no sólo sumamente agradecido e inteligente, sino dotado de una modestia demasiado rara.

Con frecuencia Wilson quiso indagar los orígenes de Buster. ¿Cómo llegaría el fiel bicho a manos del vagabundo de la narración del mayordomo? ¿De dónde procedería el nombre de Boli con que en los contornos del bosque se le conocía, especialmente en las tabernas frecuentadas por aquel miserable de su amo? Bah, lo importante era que Boli había recibido un buen premio a su fidelidad. Muchas veces, el animal se quedaba fijos sus ojos en Wilson, empujadas las orejas, abiertos sus ojazos brillantes y meneando la cola sin cesar, pareciendo decirle: ¿No somos buenos amigos? ¿Por qué te empeñas en saber mi procedencia e historia al pie de la letra? ¡Quizá ello te desilucionaría! Tómame como soy! ¿O tendrás alguna queja de mí?"

Un buen día Buster, el guardián, en su casita holandesa donde su lujosa cadena le retenía y muy a gusto, mientras esperaba la vuelta de su amo, vió asomar por entre la verja de la puerta principal del jardín uno

de su casta, grifón enano, tan venido a menos que casi repugnaba su presencia. El pequeño grifón miraba a Buster como envidiando su suerte, aguzando sus pequeñas orejas, empinándose en la verga y siguiendo con el gesto en posición oblicua y como mecánicamente cada ligero movimiento de Buster.

Ambos se ladraron el uno al otro, y tras volver a cambiar varios de esta clase de saludos, ladrando el uno grave y fuerte y el otro chillón y escandaloso, el grifón entró acercándose a Buster. Durante unos minutos los animales se regocijaron husmeándose entre sí en el hocico y seguidamente, y conforme a la cortesía perruna en sálvense las partes con mayor detenimiento. Por fin el grifón giró una y otra visita al interior de la linda mansión de Buster, registrando sus esquinas, y hasta llegó a atravesarse a lamer el comedero de quien tan galantemente le recibía. ¡Aquello olía a glorias! Buster, que se percató de que su pequeño amigo debía tener hambre atrasada a juzgar por su presencia, entrando en su casita salió ofreciendo al grifón un hueso con restos de carne, tan hermoso y palpable aún que el grifón sin más ni más comenzó a dar cuenta del mismo, mientras que con su pequeña y preciosa cola no cesaba de decir: "A tu salud, Buster, se te agradece". Un pito afilador había sonado en la en-

crucijada de la quinta de Wilson repetidas veces, acompañado siempre de una voz:

—“El afilador...! ¡Tijeras y cuchillos!”

De pronto, silbidos uno tras otro. Buster miraba al grifón y éste respondíale con la cola rumiando y rumiando del succulento banquete. Por entre la verja asomó el de los silbidos repitiendo los mismos. Era el afilador, de tez bruna y meridionales gestos, rizoso el cabello y desaseado a fuer de humilde:

—¡Boli, dónde te metiste; “andiano”! ¡Picolo endemoniado, ¿quieres perderte? ¡Boli Boli!...

El italiano parecía enfadado y el grifón soltando su hueso y sin más que mirar de lado a Buster, corrió al lado de su amo que con visible impaciencia lo esperaba.

EL SIGNO DE LA CRUZ

La novela que conmueve al mundo, basada en la grandiosa producción
PARAMOUNT

Wilson, que acababa de llegar en su lujoso auto, pudo aun escuchar las últimas palabras del italiano: ¡“Boli, Boli”!...

¿Conocería aquel tipo de vagabundo al que ahora era su Buster? Absorto descendió del auto observando al afilador que pegado a la reja acababa de proferir tales palabras. Pero el grifón pequeño, baja la cabeza, relamiéndose aún, salió de entre los hierros de la misma humillándose a los pies de su amo, que dándose por satisfecho emprendió de nuevo el camino, mientras que para hacerle olvidar su infidelidad, el pequeño Boli le seguía haciendo cabrioletas.

—¡Extraña coincidencia!—se dijo Wilson.
—¡Otro Boli!

Y respirando tranquilizado abrió la verja, en cuyo frente Buster seguía aguardando su llegada en su casita linda holandesa.

El generoso Buster no tuvo más tiempo para pensar en el grifón diminuto, lanzando un verdadero huracán de ladridos de profun-



Tales escenas se repetían cada vez que Wilson llegaba...

da alegría así que descubrió la figura de su amo. Wilson le quitó la cadena mientras que Buster, alocado, le tiraba el sombrero, no cesando en las pruebas de lamer a su amo cara, cabeza y manos, las cuales muestras de regocijo alternaba mostrando a Wilson la pelota de goma suya que Wilson le tiraba, trayéndola Buster como un rayo disparado, volviéndola a tirar el amo, trayéndola de nuevo el perro y siempre saltando con enormes aullidos de contento y brinco gigantesco.

Tales escenas se repetían cada vez que Wilson llegaba a su casa, lo mismo una que diez veces al día. Uno de los saltos favoritos de Buster consistía en brincar a los brazos de su amo donde recogía su cuerpo mientras que éste le retenía instáneamente abrazado; le volvía a soltar, volvía Buster a sus brazos y no se cansaba de tal juego.

—¿Otra vez?—dijo esta vez Wilson dejando la pelota a Buster y metiéndose en casa antes de que éste pudiera traela de nuevo.

—¿No te cansas?

Cuando Buster volvió a traer la pelota a su amo, éste había traspuesto el dintel de la puerta cerrando tras sí.

En el interior de la mansión se encontró Wilson con dos descorazonados acreedores: Burke y Rogers.

Wilson vivía desahogadamente. Todos le evidiaban incluso por la adquisición de Buster. Nadie sabía que sus negocios marchasen ahora mal. Sólo su mujer, que jamás satisfacía sus caprichos y que paulatinamente venía labrando, primero con la amenaza y ahora con la realidad, la ruina económica de su fiel esposo.

—La señora salió—había dicho el mayordomo a los dos señores.

El mayordomo, que había salido al encuentro de su señor, díjole en tono intranquilizador:

—Llegó un paquete de su tía, del rancho. Los señores Rogers y Burke han venido y esperan al señor.

Wilson nada sospechaba. Con su aire campechano de hombre feliz, entró en la estancia donde sus citados acreedores le aguardaban, duro el gesto y dispuestos a darle la mayor de las sorpresas. Mientras desataba el paquete recibido, con una alegría que parecía infantil, el recién llegado dijo a los presentes:

—¡Caramba, dulces de mi tía! acaba de mandármelos. Pruébenlos. Están sabrosísimos. ¡Seguramente ustedes no han probado nada mejor!

Pero las frases del alegre Wilson apenas fueron escuchadas por los señores Rogers y Burke, quienes acercándose a quien tan francamente les invitaba le dijeron resueltos y con aire de ironía poco contenida:

—Gozaría mucho usted y su señora en el balneario...

—Lo indecible... especialmente Engracia. A mí no me atrae tanto el lujo—les repuso Wilson sin comprender.

—Pues mientras usted se divertía, nosotros examinábamos sus cuentas...

—Me sorprende y siento que esperaran mi regreso. De todas formas, yo les prometo devolver todo lo que falte.

En las últimas palabras de excusa de Wilson había una nota de marcado pesimismo.

—¡Desgraciadamente el que tiene que temer es usted!—le replicaron aquellos impasivos olvidando por momentos guardar ni siquiera alguna clase de respetos.

—Lo que más me importa, ya que se colocan en esa tesitura, es que mi Engracia no se entere. Sería muy grande su disgusto. Todo lo que he hecho ha sido por satisfacer sus deseos, para hacerla dichosa...

—¡Con nuestro dinero por cierto!—recibió por réplica—. Del saldo obtenido quedan a su favor todavía nueve mil dólares en su cuenta bancaria... Extiéndanos un cheque por ellos... Si no, parece que se procederá a su detención... Los otros proponen en junta de acreedores que si no nos firma ese cheque se proceda a que lo prendan...

—Pero yo... cumpliré. ¿No les merezco crédito? Yo estoy seguro que cumpliré con ustedes—dijo Wilson medio ofuscado.

III

Al fin no le quedó otro remedio que firmar el cheque exigido, con lo que Burke y Rogers se dieron por satisfecho saliendo de la estancia. No bien habían abierto la puerta, cuando Buster, que aguardaba con la pelota el que su amo le abriera la puerta, entró en la casa buscando por todas partes a su amo. Este se había encerrado para proyectar algún plan de salvación posible, antes de que Engracia, su esposa, sufriera tan gran disgusto.

El mayordomo y la cocinera, que al parecer avisados, tenían todo previsto y listos sus equipajes, se presentaron a su señor diciéndole por toda excusa:

—Señor, lo sentimos. Tenemos que irnos... El tío de mi mujer se encuentra gravemente enfermo.

—Lo comprendo... Pero no me mientan—les repuso Wilson en triste son de despedida.

Mientras Buster buscaba a su amo por los diferentes pisos de la lujosa villa, éste, desesperanzado por el gran revés que acababa de

sufrir, se encerró en su cuarto. Después de vueltas y más vueltas, se sentó a la mesa agotadas sus esperanzas. En su cabeza se amontonaban amenazantes y en forma de terrible sentencia las frases de Burke y Rogers, hirviendo en su mente... "Gozaría mucho en el balneario... Pues mientras tú te divertías nosotros hicimos examinar tus cuentas... A Engracia le atrae el lujo demasiado... Entréganos todo lo que te queda... si no te mandaremos a presidio... como proponen los otros..."

Wilson no podía más. Cogiendo la pluma y un papel comenzó a escribir: "Engracia de mi vida; salgo para Canadá. No puedo decirte por qué, pero confía en mí. Te enviaré a buscar."

Wilson recobró ánimos al cerrar su carta, pero al dejarla sobre la mesa de Engracia se encontró a su vez con un sobre que, abierto, decía:

"Burke y Rogers me lo han contado todo. No estoy dispuesta a arrastrarme por el fango contigo. Es inútil que me busques. No volvería a vivir contigo."

La lectura de las líneas de su Engracia cayeron como un mazazo sobre el corazón del atribulado Wilson, que ahora empuñó su pistola, dispuesto a poner fin a su vida.

Buster, que no cesaba de buscar a su amo,



...esquelético cogiese un panecillo... sin haber soltado la pelota que éste le arrojara en el jardín, tan campante y alegre, llegó a olfatear por las rendijas de la puerta el sitio donde Wilson se encontraba. Dando lastimeros aullidos, arañando las puertas y ladrando sin cesar, dió lugar a que Wilson apartase la pistola de sus sienes dándole al fin acceso.

—¡Largo de aquí! ¡Quiero estar solo! ¡Déjame! ¡Lárgate pronto!

Pero buster, gozoso, le saltaba al cuello, a la cara... y gemía de contento.

—¡Vete, o te pegol!... ¿No me obedecerás?

Y diciendo esto, le dió un puntapié con el que el fiel Buster, quejumbroso, y siempre sin separarse de su lado, empezó a lamerle las manos como pidiendo un poco de clemencia. A Wilson casi se le saltaron las lágrimas. Buster se quejaba y gemía incluso gruesas lágrimas, herido por su amo, para el que él no tenía sino amor sumo y obediencia sin fin. Este le tomó en sus brazos, y mientras Buster, apocado y relamiéndose el sitio dolorido ocultaba su cabeza, tendidas las orejas, en el regazo de su amo, Wilson le decía acariciándole después de tirar la pistola:

—¡Perdóname, Buster; no sé lo que hago! La adversidad se ha cebado en mí y no tengo valor para hacerle frente... Soy un desgraciado... un miserable. Sustraje lo ajeno para satisfacer los caprichos de tu amita Engracia, que ahora nos abandona... ¡Tal vez hace bien! Ella sabrá lo que le conviene... ¡Todos me abandonan! ¡Menos tú, pobre Buster! Nos iremos a la Granja de mi tía... Aquello te gustará, Buster... podrás correr tras los conejos...

Buster parecía departir con su amo las nuevas ideas y regocijado primero, le escuchaba atento y, luego, loco de alegría, brincaba delante del mismo, llevando la pelota entre sus

afilados dientes y meneando la cola más que nunca. Ya se disponían a salir, cuando en la misma puerta, un desconocido se interpuso:

—¿Arturo Wilson? Tenemos orden de detenerle...

Wilson se entregó sin resistencia a los traidores que le habían entregado en manos de la justicia. Y no le quedó otro remedio que apaciguar a Buster que se revolvía contra el detective, dándole su pelota y amarrándole a la cadena de su casita, después de diversas caricias. Para Buster se avecinaban malos días si su amo entraba en la cárcel.

Apenas salió el automóvil con Wilson y los detectives, Buster se desasíó de su collar emprendiendo veloz carrera tras el coche. Así atravesaron parte la ciudad. Buster alcanzaba al coche y los detectives, ante la insistencia del animal, consintieron a Wilson bajase a despacharlo. Apenas bajado su amo, el fiel animal le presentó la pelota jadeante de verdadero cansancio. ¿Qué hacer? Wilson le arrojó la pelota sobre una tapia y mientras Buster saltaba al otro lado a buscarla el coche desapareció.

Desorientado el fiel animal, regresó a casa donde estuvo varios días sin que nadie le diese de comer, ni de beber, y ni su amo volviese. Flaco y entristecido no se separaba de la puerta de la villa en la que se comenzaron a amon-

tonar las cartas, los periódicos, los tarros de leche de tarde y mañana...

Al fin Wilson fué condenado a tres años de prisión, pero cuando después de una semana le soltaron bajo inspección judicial para que liquidase, Buster no estaba en casa. La mansión fué realquilada y el desgraciado dueño recomendó bien a la nueva inquilina que si Buster volvía le tomase a resguardo y le retuviera hasta que él saliera de la prisión. Ni un anuncio puesto en los principales periódicos bastó para que Buster apareciera. En tanto veamos cuál fué la suerte del fiel animal.

Husmeando Buster las huellas de su amo, salía y entraba constantemente en el jardín de la abandonada villa. Fué un día cuando en una vecina quinta señorial un hombre silbaba a su perro, un soberbio ejemplar de raza nipona. El silbido se semejaba al de Wilson, y atento Buster a la falsa llamada corrió, escuchó, saltó tapias y verjas y descubrió al que no era su amo. Entristeceido erró por las calles de la ciudad hambriento, procurando saciar su hambre antes de volver a la puerta de la abandonada villa. Su caminar era inseguro y su aspecto sucio y de abandono. Un disecador y su ayudante paseaban cuando vieron al animal extraño.

—Parece un perro sin amo — dijo el doctor —. Vea de atraerlo.

Poco después Buster se hallaba en la mesa

de experimentaciones expuesto a sufrir una horrible muerte al servicio del sabio y de su ciencia.

Los diarios habían vuelto a rezar: "Pequeño *Bulldog*, atigrado, pecho y patas blancas. Contesta por "Buster". ESPECIAL RECOMPENSA. Arturo Wilson. Ribera 29."

En su sala de operaciones y ante Buster tendido en la mesa que había de presenciar su martirio, el doctor decía una vez más a su ayudante:

—Es ridículo que nadie se oponga a esta clase de experimentos. La vida de un perro puede salvar la de muchas personas. Observando la agonía del perro, tal vez yo haga algún gran descubrimiento... Los médicos no podemos ser sentimentales...

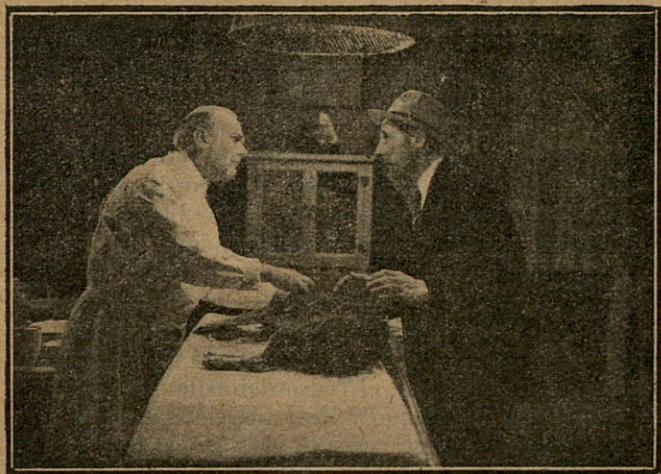
—Pero sería más satisfactorio si empezáramos salvando la vida del perro — le repuso su ayudante al que Buster daba compasión.

IV

Por el abierto ventanal que daba a la gran Avenida entró el eco de un nuevo silbido parecido al que Wilson acostumbraba a usar para llamar a Buster. Y aunque éste ya había sufrido chasco la vez anterior, ahora, como pinchado por el rayo dió un brinco enorme saliendo por la ventana y dejando a los que habían de ser sus "verdugos" con la boca abierta.

Buster había sufrido un nuevo error. Pronto sus tías orejas se volvieron de nuevo lacias y su cola lánguida, para comenzar el nuevo vagar tras algún alimento del que tan necesitado estaba.

Así pasó husmeando hasta la fría madrugada de aquel helado día. Al pasar por un figón o bodegón de los barrios bajos de Chicago, el animal no pudo contenerse y se abalanzó en un momento de distracción sobre una enorme longaniza que el tabernero acababa de colocar recién calentita sobre un plato para servirla. Buster corrió y corrió perseguido por



- Pero .. yo no tengo nada... para pagarle.

el tabernero y varios transeúntes que le gritaban arrojándole piedras y profiriendo ruidos con que asustar al hambriento animal. Pero el hambre pudo más que el temor ante la persecución y Buster logró perder de vista a sus perseguidores cobijado por la obscuridad de la madrugada y oculto entre varios montones de basura de un callejón inmundado. El perro reaccionó con la suculenta comida de la que ni dejó rastro. Pero pronto el hambre volvió a acosarle en tanto que la miseria cubría ma-

terialmente su cuerpo cubierto además de sucia carreaña. Buster no era ni sombra de lo que fué hasta el encarcelamiento de su amo. Sus muslos ofrecían el espectáculo triste de sus tremendos huesos que igualmente sobresalían de su entristecida cabezota. Sus costillas daban horror. Sus hermosas manchas blancas se habían convertido en sucios y negruzcos lunares...

Errando, errando, Buster se paró a husmear a un grifón diminuto y también abandonado y sucio, el cual a su tiempo pareció reconocer a Buster. Era Boli, el perro del afilador. Boli pareció compadecido y llegándose con su amigo caído en desgracia a su casa, en la que se revolvían siete criaturas y la mujer del italiano dentro de la miseria, se echó con él en un rinconcito caliente. La algarabía fué enorme a la llegada de Buster. Todos querían tomarlo en brazos, sin que la mujer de aquella legión de zínaros extranjeros lograra imponerse. Hasta Boli se mostraba hospitalario trayendo a Buster — cómo éste hiciera antes con él — un enorme hueso del que por desgracia nada había que roer a pesar de los esfuerzos realizados por Buster para sacarle algún jugo a aquel hueso astillado y seco.

El afilador regresó a casa de sus andanzas del día, cuando llegándose Boli a mostrarle sus caricias, éste le dijo:

—Lo siento Boli, no tengo nada para tí.

—¿De quién es éste? — dijo el ver a Buster acurrucado bajo la mesa.

—No sé... los chicos lo trajeron — respondió su mujer.

—¿No teníamos bastantes bocas? Ya son muchos los apuros que pasamos... apenas hay para nuestro Boli. Ya sé que está helando afuera... pero aquí sobras, y tú también; quizás encuentres alguna cosita por ahí — dijo el italiano primero a Buster y luego al mismo Boli echando a los dos a la calle.

Boli tuvo mala suerte; apenas a la busca de algo con que alimentarse unos muchachos la emprendieron a pedradas con él, hiriéndole en la cabeza. En la huida, Buster lo perdió de vista siguiendo su errar sin fin, cada vez peor y más lleno de miseria.

Transcurridos seis meses Wilson fué amnistiado. ¿Qué hacer? Su hermosa mansión, el recuerdo de su pasado desahogado económicamente, le arrastraron a su antigua casa. La inquilina le reconoció al momento.

—¿Qué tal...? Ya lo leímos que lo habían soltado... y nos alegramos mucho.

—Mi perro, ¿no apareció? — replicó Wilson.

—Ah, el perro. Ni sombra de él. Estoy bien segura que no volvió.

Wilson sufrió una gran decepción. Su primera determinación fué buscar a Buster costase lo que costase.

Aquel mismo día se presentó en el parque de recogida de perros vagabundos. Allí dió toda clase de pelos y señales de Buster sin que consiguieran hacer memoria de tal ninguno de los empleados.

—¿No lo habrán exterminado? — dijo Wilson entristecido.

—Lo mejor será que nos deje su dirección para que le avisemos si damos con él.

—Lo siento, estoy de tránsito — fué la respuesta de Wilson avergonzado de su situación de vagabundo actual.

—Tranquilícese. Si lo cazan se lo guardaremos.

No transcurrieron dos días cuando Wilson se presentó en el mismo Parque haciendo las mismas preguntas. Su presencia había empeorado. Ni para afeitarse tenía. Pero el pensamiento de Buster no le dejaba un momento.

—No ha llegado ninguno que se le parezca siquiera — le respondieron. — Si tiene ya dirección, podremos avisarle.

—Todavía estoy de tránsito... buscando colocación — repuso Wilson —. Pero yo volveré a pasar por aquí.

—Si no encuentra el suyo ¿por qué no se lleva uno de estos? — le añadieron.

—No, gracias. Yo prefiero *mi* perro; Buster.

—¿Qué clase de perro era? — dijo un empleado que acaba de llegar.

—¿No se acuerda? Un *bulldog*, chico, de patas blancas y...

—¿No estuvo Vd. aquí antes ya? No pierda el tiempo buscando. Tal vez estará muerto hace tiempo...

—No, no podría ser... — dijo Wilson —. Entonces yo lo sabría... Algo me lo diría... en el corazón.

Las mejores

narraciones cinematográficas, solamente las encontrará usted en

**Precio
UNA pta.**

**EDICIONES
BIBLIOTECA FILMS**

V

Wilson se retiró como siempre, con una esperanza menos. Su desgracia era tal que incluso había descendido a recoger puntas de pitillos para satisfacer sus deseos de fumar de vez en cuando.

Durante las noches dormía en hostales de la más baja categoría. A 10 y a 5 céntimos la cama sin cubierta ni apenas colchón. La miseria era cada vez mayor. Como sucia pelambre crecía su barba y su cara y manos adquirían ese color oscuro y graso de la carne que no se lava durante días y días. Los zapatos de Wilson apenas le permitían andar sin arrastrar los trozos de suelas viejas y su traje echo remiendos y girones más parecía vestido de escaño y mofa al que lo llevaba, que ropage con que cubrir sus secas carnes.

Muchas veces, se iba a implorar la caridad de las ramerías en los barrios bajos para poder siquiera dormir bajo techado en las nevadas noches del invierno. Con frecuencia sacaba para tomar un recuelo de 5 céntimos, pero era



¡Cuál no sería su sorpresa!

más corriente el caso de que le despachasen injuriándole y mofándose de su suerte. La necesidad le animaba a volver a pedir a quienes le maltrataban. Entraba en los tabernuchos y suplicaba le dieran un sorbo de café que le solían negar. Otras veces se dirigía a las parejas de enamorados que erraban por las calles aprovechándose de la semiobscuridad de descaños y insolencias de las que no podía las mismas. Pero generalmente Wilson sufría protestar.

—¿Pedirme a mí? — le decían unos. —
¿Por qué no trabajas — le decían otros. — No
eres mal pinta! — se atrevían incluso a gritarle a veces.

Así se veía, como Buster su amigo, acosado por la necesidad y atormentado por la miseria a la que ni estaba acostumbrado. Por un lado Buster y por otro lado él, recorrían los barrios de Chicago lo mismo de día que de noche, en busca de la caridad y protección de los que no sólo no le atendían sino que ni podían mirarle sin asco o sin maldecirles.

Wilson llegó a pasar días de hambre que le hacía enloquecer. Buster revolvía los cubos de basura que a las puertas de las casas aguardaban ser recogidos. Ambos seguían sin encontrarse ni saber el uno del otro. Ambos bien cerca a veces entre sí, a veces pasando por la misma calle, a veces pidiendo en el mismo portal o aguardando con diferencia de segundos el ser atendidos y liberados de aquella extrema miseria.

Nada de extraño que así como Buster robaba la succulenta moreilla que a poco si le cuesta el pellejo, también Wilson al pasar por una panadería esquelético cogiese un panecillo caliente aún y huyese, huyese por la obscuridad aquella perseguido por el panadero que amenazaba con apalearle además de que le entregaría a la policía de nuevo sin remedio alguno. En la veloz carrera, Wilson y el pana-

dero cruzaron varios callejones. Ya una vez al volver la esquina última casi le tuvieron cogido del brazo. Pero corrió, corrió desencajado por el hambre y por el horror a una nueva prisión que no merecía y además sería su nueva ruina y tortura. De pronto, un portal. Wilson se encerró en él perseguido por el implacable panadero que aporreando la puerta le gritaba:

—¡Sal de ahí... granuja... perdido!

Wilson sudaba sin poder apenas contener la puerta de los estrujones de aquel energúmeno lleno de placeres de venganza.

De pronto tomó el hierro que servía de travesaño interior de la puerta. Los ladridos de un perro afuera parecían indicarle que el panadero asistido por su can se esforzaba en hacer de él un desgraciado quisiese o no. Una de las acometidas del panadero fueron tan brutales que Wilson preparado con su hierro dejó que ésta se abriera, dispuesto a vender cara su libertad e incluso su vida.

El perro entró como una centella acuciado por aquella lucha y Wilson dejó caer sobre su cabeza como un mazazo aquél barrote que empuñaba. El panadero se quedó absorto viendo al animal tendido por la fuerza del trastazo.

—¡Y contigo haré lo mismo! — le dijo Wilson asomándose alzado el brazo con aquel arma primitiva, dispuesto a descargar el segundo golpe sobre su perseguidor.

8.19-2-6/8

El panadero al que impuso el gesto del desesperado Wilson se volvió sin decir palabra, mientras éste miraba la herida causada al perro.

¡Cuál no sería su enorme sorpresa al reconocer a Buster! Sin perder tiempo y antes de que volvieran a perseguirle se dirigió a casa de un veterinario con el moribundo Buster en sus brazos.

—¡Lo salvará Vd. Sr. Veterinario?

—Hum, ¡La herida es profunda! Déme ese éter...

—Pero... yo no tengo nada... para pagarle — balbuceó Wilson.

—¡Cómo no! Vd. tiene un gran corazón, y eso le basta.

Con Buster ya curado, Wilson recobró bríos. No se olvidó de su promesa y ambos se fueron al rancho de la tía donde Wilson se dedicaba a la labranza con asombrosa feliz adaptación y Buster se dedicaba a levantar liebres.

—Sobrino — le dijo la tía el segundo día de su llegada —, este perro acaba de levantar un conejo, pero se lo dejó escapar. ¿Para qué sirve?

—Para guardar, tía. No es de raza. No sé de dónde viene siquiera... lo que sí sé es que me quiere... y yo a él...

FIN

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

(La más antigua novela cinematográfica)

VA ESTA
A LA VENTA

EL
ACONTECIMIENTO
DE LA TEMPORADA

Precio :
UNA peseta

Producción cumbre
de la invicta marca



Es una novela llena de sublime emoción, de
belleza de sentimientos incomparables, fiel
demostración de los tiempos paganos del an-
tiguo imperio romano, aparece en esta novela
tan vivamente real, que estremece de emoción.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

